

en general y particular, así como de las plantas y su división. En el capítulo primero habla el autor de las partes de la planta que conciernen á su vejetación y de las secundarias, contando entre las primeras la raíz, tronco, tallo y hojas. En el segundo trata de las que se refieren á su fructificación, cuales son la flor, caliz, manto, chapetas, estambres, pistilos y neétario; se ocupa también de las diferencias de la flor, así absolutas, como relativas, de la variedad de frutas y semillas, del pericarpio y por fin del receptáculo de las partes de la fructificación. El capítulo tercero lo consagra á esponer la fructificación clandestina y la que se verifica en los helechos, musgos, algas y hongos, terminando con el preludeo quinto en que se trata de la faz ó traza de las plantas. Se hallan al final de esta obra trece láminas bastante bien grabadas, que representan gran número de seres vejetales.

El segundo tomo en el cual debia ocuparse de la clasificación, no se publicó apesar de haber sido anunciado.

La segunda obra de Barnades lleva por título: «*Instrucción sobre lo arriesgado que es en ciertos casos enterrar á las personas sin constar su muerte por otras señales mas que por las vulgares; y sobre los medios mas convenientes para que vuelvan en sí los anegados, ahogados con lazos, sofocados por humo de carbon, vaho de vino, vapor de pozos ú otro semejante; pasmados de frio, tocados del rayo y las criaturas que nacen amortecidas; obra postuma. Madrid por Antonio de Sancha, 1775 en 4.º*»

Esta obra fué dada á luz por el hijo del autor.

La primera parte ostenta extensa erudición y encierra una noticia del modo como se aseguraban de la muerte y procedian en sus funerales los pueblos de la antigüedad como egipcios, griegos, romanos chinos etc.

Trata de la falibilidad de los signos vulgares de muerte, probándolo con infinidad de ejemplos de personas que se tuvieron por muertas habiéndose visto luego que no lo estaban.

En la segunda parte enumera los medios mas conveniente para cortar el abuso de abandonar los cadáveres y darles sepultura, sin que conste debidamente su estado.

Señala el autor cuales son los signos evidentes de muerte cierta y cuales no; entre los primeros pone el color preternatural, la falta de brillantez en las pupilas, la flojedad y planamiento del globo del ojo, la presencia de espuma en la boca; la frustrada aplicación de cauterios, vejigatorios y errinos, el no fluir sangre de las venas abiertas y últimamente la absoluta frialdad de la superficie del cuerpo; entre los se-